



“SEÑOR, ¡NO SOY DIGNO DE QUE ENTRES EN MI CASA!”

✠ En aquel tiempo, al entrar Jesús en Cafarnaúm, un centurión se le acercó rogándole: «Señor, tengo en casa un criado que está en cama parálítico y sufre mucho».

Le contestó: «Voy yo a curarlo».

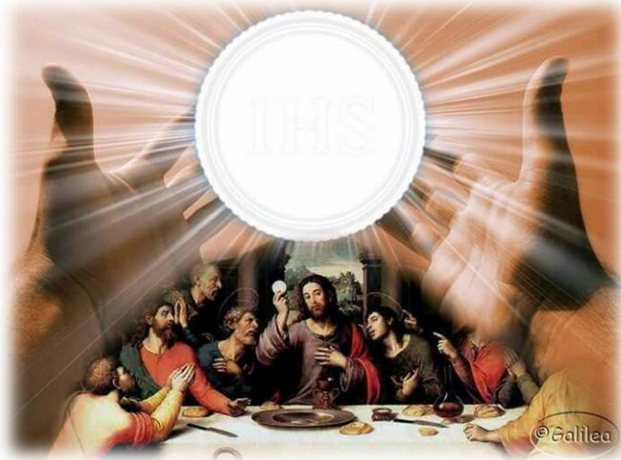
Pero el centurión le replicó: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo. Basta que lo digas de palabra, y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes; y le digo a uno: «Ve», y va; al otro: «Ven», y viene; a mi criado: «Haz esto», y lo hace».

Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: «En verdad os digo que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos».

REFLEXIÓN DEL TEXTO

El hijo del centurión estaba enfermo y yacía en casa parálítico. El centurión rogó al Salvador por la salud del mismo. El Señor prometió que iría él en persona a devolvérsela. Pero aquél, según dijo, con ferviente humildad y con humilde fervor, replicó: *Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo* (Mt 8,8-12). **Se declaraba indigno de que el Señor entrase bajo su techo. Y, sin embargo, no habría dicho estas palabras si el Señor no hubiese entrado ya en su corazón.**

Luego añadió: «*Mas dilo sólo de palabra y mi hijo quedará sano*» (Mt 8,8). Sé a quién me dirijo; basta que hable él y se realizará lo que deseo. Y añadió una comparación en extremo grata y verdadera. «Pues también yo, dice, soy un hombre, mientras que tú eres Dios; estoy bajo autoridad, mientras tú estás sobre toda autoridad; tengo bajo mi mando soldados, mientras tú tienes también a los ángeles, y le digo a uno «Vete» y se va, y a otro «Ven» y viene; y a mi siervo «Haz esto» y lo hace (Mt 8,9). **Sierva tuya es toda criatura;** sólo es preciso que mandes para que se haga lo que mandas.



Este centurión era extraño al pueblo de Israel (el pueblo de la promesa); pertenecía al pueblo romano, ejercía allí su profesión militar y su fe aventajó a la de los israelitas, de modo que el Señor hubo de decir: *En verdad os digo que no he hallado fe tan grande en Israel. ¿Qué cosa, pensáis, alabó en la fe de este hombre? La humildad. No soy digno de que entres bajo mi techo.* Eso alabó, y porque eso alabó, esa era la puerta por la que el Señor entró. **La humildad del centurión era la puerta para el Señor,** que entraba a poseer más plenamente a quien ya poseía.

Volviéndose al centurión le dice: *Vete y que te suceda según has creído*. Y en aquella hora quedó sano el niño. Como creyó, así sucedió. Dilo de palabra y quedará sano: lo dijo de palabra y quedó sano. Que te suceda según has creído: la pésima enfermedad se alejó de los miembros del niño. ¡Admirable la facilidad con la que el Señor de toda criatura le da órdenes!» (San Agustín).

LA EUCARISTÍA ES EL TESORO MÁS GRANDE DE LA IGLESIA

La Eucaristía es el centro de nuestra fe. Es la fuente de donde brota toda la vida de la Iglesia, porque no sólo se nos comunica la gracia –como en todos los sacramentos- sino porque se nos comunica al Autor de la gracia.

Y es al mismo tiempo, culmen y ápice de la vida cristiana, porque la Eucaristía es como la consumación de la vida espiritual y el fin de todos los sacramentos.

La Iglesia vive de la Eucaristía y para la Eucaristía. En la Eucaristía está todo el bien de la Iglesia.

La Eucaristía es fuente y culmen de toda vida cristiana (LG 11;cf. DV 21). En ella se alcanzan su cumbre la acción santificante de Dios sobre nosotros y nuestro culto a Él. La Eucaristía contiene todo el bien espiritual de la Iglesia: el mismo Cristo, nuestra Pascua. Expresa y produce la comunión en la vida divina y la unidad del Pueblo de Dios. Mediante la celebración de la Eucaristía nos unimos a la Liturgia del cielo y anticipamos la vida eterna. (C.I.C)

Antífona: **"Oh sagrado banquete en que Cristo es nuestra comida, se celebre el memorial de su Pasión. El alma se llena de gracia y se nos da en prenda la vida futura"**

Benedicto XVI decía: *"La Eucaristía constituye, de hecho, el «tesoro» de la Iglesia, la preciosa herencia que su Señor le ha dejado. Y la Iglesia custodia esta herencia con la máxima atención, celebrándola cotidianamente en la Santa Misa, adorándola en las iglesias y en las capillas, distribuyéndola a los enfermos y, como viático, a cuantos emprenden el último viaje.*

Pero este tesoro, que está destinado a los bautizados, no agota su radio de acción en el ámbito de la Iglesia: la Eucaristía es el Señor Jesús que se entrega «por la vida del mundo» (Juan 6, 51). En todo tiempo y lugar, Él quiere encontrarse con el hombre y darle la vida de Dios. Y no sólo esto. La Eucaristía tiene también una valencia cósmica: la transformación del pan y del vino en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo constituye, de hecho, el principio de divinización de la misma creación. Por este motivo, la fiesta del Corpus Christi se caracteriza particularmente por la tradición de llevar el Santísimo Sacramento en procesión, un gesto lleno de significado".

Por eso los cristianos, nos recuerda Eusebio de Cesarea, no dejaban de celebrar la eucaristía ni siquiera en medio de las persecuciones: *"Cada lugar donde se sufría era para nosotros un sitio para celebrar..., ya fuese un campo, un desierto, un barco, una posada, una prisión..."*

"Sin la Eucaristía no podemos vivir" respondió el mártir Emérito cuando fue increpado por el soldado romano al ser sorprendido con otros cristianos celebrando la misa, a pesar de que estaba prohibido por el decreto del Cesar, y castigada con pena de muerte. Esta historia está registrada en Actas de los mártires de Abitene. Es una respuesta sorprendente, llena de fe de amor a Jesús. Todos fueron martirizados, siendo capaces de dar la vida por un sacramento que precisamente les daba también la vida del Señor. Jesús muchas veces dijo: *"Yo soy la vida"*, como también: *"Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá para siempre"*.

SOMOS INDIGNOS DE LA EUCARISTÍA REQUIERE PUREZA DE ALMA, GRAN HUMILDAD Y GRAN AMOR

Te decimos cada día, Señor, con el centurión antes de comulgar: *Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya, bastará para sanarme...*

Sí, no somos dignos. Pero sin la Eucaristía no podemos vivir.

«Cuanto más pura y más casta sea un alma, tanta más hambre tiene de este Pan, del cual saca la fuerza para resistir a toda seducción impura, para unirse más íntimamente a su Divino Esposo: Quien come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en Mí, y Yo en él» (León XIII).

San Juan María Vianney amaba decir a sus parroquianos: *"Venid a la comunión... Es verdad que no sois dignos de ella, pero la necesitáis"*

San Francisco rogaba a sus hijos: «Así, pues, besándoos los pies y con la caridad que puedo, os suplico a todos vosotros, hermanos, que tributéis toda reverencia y todo el honor, en fin, cuanto os sea posible, al Santísimo Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo, en quien todas las cosas que hay en cielos y tierra han sido pacificadas y reconciliadas con el Dios omnipotente». Él, personalmente, «ardía de amor en sus entrañas hacia el sacramento del cuerpo del Señor, sintiéndose oprimido y anonadado por el estupor al considerar tan estimable dignación y tan ardentísima caridad. Reputaba un grave desprecio no oír, por lo menos cada día, a ser posible, una misa. Comulgaba muchísimas veces, y con tanta devoción, que infundía fervor a los presentes. Sintiendo especial reverencia por el Sacramento, digno de todo respeto, ofrecía el sacrificio de todos sus miembros, y al recibir al Cordero sin mancha, inmolaba el espíritu con aquel sagrado fuego que ardía siempre en el altar de su corazón» (II Celano 201).

Acerquémonos siempre a recibirla bien preparados, **con el corazón humildemente arrepentido...**

ORACIÓN PARA COMULGAR BIEN (Francisco de Sales)

«Querida alma: la noche anterior, comienza a prepararte para la Sagrada Comunión, con muchas aspiraciones y deseos amorosos. **Si durante la noche te despiertas, llena en seguida tu corazón o tu boca de palabras de adoración**, con las cuales tu alma se perfuma para recibir a Jesús, quien mientras tú duermes, se prepara para traerte mil gracias y favores, si tú estás en disposición de recibirlos.

Por la mañana, levántate con gran alegría, pero también **con gran humildad**, para recibir este pan celestial, que te alimenta para la inmortalidad. Y, después que hayas dicho estas palabras: *"Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa..."*, pasa a comulgar, y recibe, llena de fe, de esperanza y de caridad, a Aquel, en el cual, por el cual y para el cual crees, esperas y amas.

Imagínate que así como la abeja, después de haber recogido de las flores el rocío del cielo y el néctar más exquisito de la tierra y después de haberlo convertido en miel lo lleva a su panal, de la misma manera, el sacerdote, después de haber tomado del altar al Salvador del mundo, verdadero Hijo de Dios que, como rocío descende del cielo, y verdadero Hijo de la Virgen, que como una flor ha brotado de la tierra de nuestra humanidad, lo pone, como manjar de suavidad, en tu boca y en tu corazón.

Una vez lo hayas recibido, mueve tu corazón a rendir homenaje a este Rey Salvador; habla con Él de tu vida interior, contéplalo dentro de ti donde ha entrado para tu felicidad; en fin **hazle tan buena acogida como puedas** y pórtate de manera que, en todos los actos, se conozca que Dios está en ti. Pero, cuando no puedas tener el gozo de comulgar realmente en la santa Misa, comulga, a lo menos, de corazón y en espíritu, uniéndote, con fervoroso deseo, a esta carne vivificadora del Salvador.

Si el mundo te pregunta por qué comulgas con tanta frecuencia, dile que lo haces para aprender a amar a Dios, para purificarte de tus imperfecciones, para consolarte en tus aflicciones, para apoyarte en Él en tus debilidades

...Comulga a menudo, tanto cuanto puedas. Y, créeme, las liebres de nuestras montañas, en invierno, se vuelven blancas porque no ven ni comen más que nieve; y tú, a fuerza de adorar y comer la belleza, la bondad y la pureza misma, en este divino Sacramento, llegarás a ser toda hermosa, toda buena y toda pura».

ORACIÓN DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

¡OH BANQUETE PRECIOSO Y ADMIRABLE!

El Hijo único de Dios, queriendo hacernos partícipe de su divinidad, tomó nuestra naturaleza, a fin de que hecho hombre, divinizase a los hombres.

Además, entregó por nuestra salvación todo cuanto tomó de nosotros. Porque, por nuestra reconciliación ofreció, sobre el altar de la cruz, su cuerpo como víctima a Dios, su Padre, y derramó su sangre como precio de nuestra libertad y como baño sagrado que nos lava, para que fuésemos liberados de una miserable esclavitud y purificados de todos nuestros pecados.

Pero, a fin de que guardásemos por siempre jamás en nosotros la memoria de tan gran beneficio, dejó a los fieles, bajo la apariencia de pan y de vino, su cuerpo, para que fuese nuestro alimento, y su sangre, para que fuese nuestra bebida.

¡Oh banquete precioso y admirable, banquete saludable y lleno de toda suavidad! ¿Qué puede haber, en efecto, más precioso que este banquete en el cual no se nos ofrece, para comer, la carne de becerros o de machos cabríos, como se hacía antiguamente, bajo la ley, sino al mismo Cristo, verdadero Dios?

No hay ningún sacramento más saludable que éste, pues por él se borran los pecados, se aumentan las virtudes y se nutre el alma con la abundancia de todos los dones espirituales.

Se ofrece, en la Iglesia, por los vivos y por los difuntos para que a todos aproveche, ya que ha sido establecido para la salvación de todos.

Finalmente, nadie es capaz de expresar la suavidad de este sacramento, en el cual gustamos la suavidad espiritual en su misma fuente y celebramos la memoria del inmenso y sublime amor que Cristo mostró en su pasión.

Por eso, para que la inmensidad de este amor se imprimiese más profundamente en el corazón de los fieles, en la última cena, cuando, después de celebrar la Pascua con sus discípulos, iba a pasar de este mundo al Padre, Cristo instituyó este sacramento como el memorial perenne de su pasión, como el cumplimiento de las antiguas figuras y la más maravillosa de sus obras; y lo dejó a los suyos como singular consuelo en las tristezas de su ausencia.